

Lunes 14 de julio de 2008

El gran desfile por el 14 de julio en París, la Fiesta Nacional más importante de Francia. Por no poder creer que realmente se celebrara la toma de la Bastilla, la cárcel que simbolizó el poder autoritario e insoportable de la monarquía por allá por 1789, averiguo un poco más. Y en efecto, no podía ser que la liberación de presos fuera recordada con desfiles militares y todo el despliegue de la fuerza estatal, ¿o sí?

Resulta ser que se festeja el 14 de julio, pero de 1790. La Fiesta de la Federación. ¿Y qué fue lo que pasó en ese primer aniversario de la Revolución?: se declaró la monarquía constitucional. Sí, los representantes de las distintas municipalidades que se habían sacudido un poco el centralismo parisino se juntaron para parlamentar y acordaron, llenos de felicidad, cómo seguirían las cosas. O sea que en 1790 todos creían que la revolución ya estaba concluida, con un sistema político nuevo recién instaurado. El rey todavía conservaba la cabeza en su lugar. Pero sólo por un tiempo...

En 1880, casi un siglo después, hubo debates sobre un proyecto de ley que pretendía instaurar una fiesta nacional. En el Senado, uno de los que defendía el día 14 de julio fue un tal Henri Martin, y argumentó más o menos lo siguiente:

Que si el de 1789 había sido sangriento y tuvo actos deplorables, en el de 1790 no se derramó ni una sola gota de sangre y fue más bien la consagración de la unidad de Francia. Agregó que ese día fue el más bello y puro de la historia del país y de una a otra punta todos los franceses se dieron la mano. Todo un pueblo, sin distinción ni de edad, sexo, rango ni fortuna, se encontró en París para participar en los prodigiosos preparativos de la Fiesta de la Federación. Y aclaró que si alguno tenía escrúpulos contra el primer 14 de julio (el de la toma de la Bastilla), seguramente no los tendría contra el segundo: “Porque por más profundas que sean las diferencias que nos separan, hay cosas que están por sobre ellas, y es la gran imagen de la unidad nacional, la que todos queremos, por la cual nos levantaríamos todos, listos a morir si fuera necesario”. Así fue como quedó establecido el 14 de julio...

(Un detalle curioso me llamó la atención: desde la V República -1958 a la fecha- el presidente tiene la autoridad para otorgar perdones, normalmente multas de tráfico. Pero Sarkozy desde el año pasado terminó con esta bella costumbre).

Como sea, el lunes feriado me levanté temprano para ir hasta la avenida de los Campos Elíseos, por donde iba a pasar el desfile, desde el Arco del Triunfo hasta no sé bien dónde, creo que la plaza de la Concordia, donde hay un obelisco egipcio, como si fuera Roma.

En el subte había mucha gente. Una familia de turistas coreanos estaba sentada en los asientos de al lado, los padres y dos hijitas que se caían de sueño. Pensé en la disciplina férrea que debía imperar en ese núcleo, para aprovechar las vacaciones. El padre, cámara gigante en bandolera, leía de una guía y esperaba que las nenas repitieran: “thank you = merci, your

welcome= shevusemprí”. Las nenas no daban más y se retorcían en los asientos, la mamá sonreía con sus anteojos y sombrero de tiempo libre oriental.

Me bajé y salí a la superficie sin saber bien qué me esperaba ahí arriba, como me pasa aún en la mayor parte de los puntos de la ciudad. La sensación me encanta, como una Alicia en el país de las maravillas, pero al revés.

Esta vez había mucha gente. El día estaba hermoso, con un sol radiante y pocas nubes, un poco fresco, pero agradable. Empecé a caminar siguiendo el flujo de la gente. Pero no pude avanzar mucho más, sólo unas cuadras hasta toparme con una plaza, el Rond Point des Champs Elycées, entre la avenida Franklin Roosevelt y la calle Jean Mermoz. Ahí intenté ver entre las cabezas y los huecos que se formaban entre la multitud, parándome en puntas de pie, buscando espacio. Resultó ser un buen lugar porque una orquesta militar musicalizaba el evento. No sé si era la única, tal vez habría parlantes en las otras puntas, pero sin sonido todo eso me hubiera resultado más extraño aún.

Más o menos a las 10:40 pasaron los primeros aviones, formando una “V” y pintando el cielo con la bandera francesa. A los pocos segundos, otra flota de cazas, después otras más, formadas por cinco máquinas. Más atrás aviones gigantes a hélice, y otros, y otros más. No sé bien cuántos fueron, pero pasaban siguiendo en línea recta la avenida, y realmente fue impresionante. No duró mucho más que diez minutos, y la banda ya estaba tocando alguna marcha.

Volví la mirada hacia la plaza y a los intersticios entre cabezas, remolinos canosos, brazos rollizos, y cámaras en alto. Lo que llegué a ver fueron uniformados caminando, de distintos cuerpos, me imagino. Al menos pasaron distintos trajes, colores y gorritos. La banda seguía sonando y la gente realmente estaba deseosa de verlo todo.

Los brazos extendidos rematados en cámaras, celulares, filmadoras o lo que fuera me hicieron recordar los saludos fascistas de la película que había visto la noche anterior. Algo me estremeció la mente.

Al rato entró la caballería con unos cascos plateados relucientes decorados con unas largas crines, el traje azul, botas negras, botones dorados, espadas. Los caballos tenían en una parte el pelo cortado como un tablero de ajedrez, raro. La gente sacaba más fotos, algunos habían llevado sus banquitos para pararse y ver con comodidad, otros tenían unos periscopios de cartón no hechos en casa, los padres colocaban a sus hijos sobre los hombros para dejarlos ver el show.

Show que siguió después de una pausa en la que todos estuvimos ahí parados como tarados, sin tener qué mirar siquiera. Fue el turno del desfile de los motorizados. Primero las motos, después algunos jeeps, camiones, más camiones blancos con la “UN” pintada al costado, tanques, los bomberos...

Al rato unos tipos en parapente serpenteaban por el cielo, y después pasaron helicópteros de guerra de distintos tamaños y hélices. Al final alguien habló por unos

altoparlantes, pero no llegué a entender qué dijeron. Le pregunté a un tipo y tampoco le entendí. Como la gente empezó a desmovilizarse, intuí perspicaz que ya había terminado todo.

Dos militares, uno llevando una cámara y otro un micrófono se acercaban a la gente a hacerles preguntas. ¿Medios oficiales, en uniforme? Ni idea, pero no me gustó la idea de aparecer de fondo, ni en primer plano, ni nada.

Me había imaginado el paso de Sarkozy en un descapotable saludando como si de una Miss Francia se tratara, y la gente sacudiendo banderitas francesas y extendiendo sus cámaras, pero no. Ignoro si tendría que haber pasado, si ya lo habría hecho o qué.

Volví a tomar el rumbo del flujo de gente, oliendo la bosta de los cuadrículados caballitos, pensando cómo harían para sacarla del asfalto, si la sacarían, calculando inútilmente también cuánto podría haber costado todo el asunto, el combustible para esos aviones y transportes, la organización, etc. Y cuál era el sentido final de esas más de dos horas de exposición de fuerzas del “orden”.

De alguna manera la gente quiere ver estas cosas, la multitud lo certificaba, yo misma. Pero no fue una gran cosa, y así y todo se congregó tanto espectador, ni para escuchar un discurso, sólo para ver un desfile belicista que debía conmemorar un gran momento de la historia, y que realmente dudo que haya siquiera pasado por la cabeza de nadie recordarlo.

Vuelvo a repasar la cantidad de eventos que se podrían celebrar sobre la Revolución Francesa, o entre los que se podría haber elegido para convertirlo en la Gran Fiesta: la misma toma de la Bastilla el 14 de julio pero de 1789, la abolición del feudalismo el 4 de agosto de 1789, la declaración de los Derechos del Hombre y el Ciudadano el 26 de agosto de 1789, la constitución de la Asamblea Legislativa en octubre de 1791, la propia ejecución de Luis XVI que terminó con la monarquía absoluta el 21 de enero de 1793...

Pero no, en 1880, cien años después y con otras revoluciones en el medio, se decidieron por una extraña fecha. Una fecha que dio la ilusión de la unidad entre todos los franceses, con el rey y todo. Un poco hipócrita, al final, considerando todo lo que pasó después.

Qué se yo, estoy segura que hoy, esas mismas fuerzas que desfilaron frente a tanta gente estarían impidiendo que las cárceles fueran liberadas y las armas cargadas, o que a la autoridad le cortaran la cabeza, o que se avanzara más en los derechos humanos.

Los espectadores, bueno, supongo que la mayoría aplaudiría y volvería a extender sus cámaras para grabarlo todo y poder volver a repetir el momento, después, en sus casas.